

FRATERNIDAD

Después de comer juntos, saboreando exquisitos cigarros, entre sorbo y sorbo de cognac, tendidos con indolencia en un diván del fumadero, departían en cariñosa intimidad Federico Mureda y Manolo Castrojeriz, socios medio pensionistas del aristocrático *Sport-Club*, donde ambos pasaban, si no la mejor, la mayor parte de su vida.

—¿Qué piensas hacer esta noche?—preguntó Manolo á su amigo, sacando el reloj al mismo tiempo. Ya son las nueve y media. Luego dicen que te entretengo, y aunque todo se queda en casa...

—Es que tu hermana no concibe que nos pasemos aquí horas y horas los dos solos de charla... Cree, por lo menos, que jugamos.

—¿Por lo menos?

—Otras cosas... las pensará; pero no se atreve á decirlas.

—No. Ni las dice ni las piensa: Emilita es muy inocente. Vais á casaros, sois novios hace dos años,

y la pobre cree que un novio... es una novia. Ya ves, lo único que se le ocurre preguntarme alguna vez es si serías capaz de tener otra novia, y si yo lo sé.

—¡Qué graciosa! Y tú ¿qué contestas?

—Nada. Que no se tiene más que una novia. ¡Pobre Emilia! ¡Si vieras, Federico, que ahora me ha dado por querer á mi hermana!... Me da lástima.

—¿Porque se casa conmigo?

—Contigo ó con cualquiera. Sería lo mismo.

—¿Pero tú crees que yo no quiero á tu hermana?

—Sí, sí. La quieres, la quieres mucho. Ya ves; yo, que conozco tu vida á fondo, estoy seguro de que la quieres. Y ¡lo que son las cosas! Si ella supiera la mitad de lo que yo sé... no se casaría contigo; por eso me da lástima; porque yo tengo razón en creer que la quieres, y ella tendría más aún en no creerlo; y si no, dime: ¿Dónde has estado esta tarde?

—Contigo.

—Sí. Descuida. No diré nada.

—Pues no preguntes. Ya sabes que antes de casarme con tu hermana concluirá todo; pero así... de golpe... Tú lo sabes...

—Ya, ya sé que Enriqueta es un *crampon*. ¿Y si se empeña en no soltarte ni después de casado?

—Me soltaré yo. Pero un rompimiento no se improvisa. Cierta clase de relaciones escandalizan más cuando terminan que cuando empiezan.

—Por eso he pensado una cosa.

—¿Qué?

—¿Tú has visto *Don Juan Tenorio*?

—Ya lo creo; hasta en ópera.

—¿Te acuerdas cuando Don Juan suplanta á Don Luis Mejía para quitarle á Doña Ana de Pantoja? Don Luis pone el grito en el cielo, pero de Doña Ana no se sabe que diga esta boca es mía.

—¿Te sientes Tenorio?

—Si Mejía no se incomoda... porque de doña Ana respondo.

—¡Quién sabe!

—No seas vanidoso. Conste que me sacrifico por mi hermana... y por ti... Fraternidad pura. ¿Qué dices?

—Nada. Todo se queda en casa. Chico, las diez. ¿No vienes al Español? Necesito que me disculpes.

—Estás disculpado. Emilia sabía que comíamos juntos. Tú vas de lunes clásico; yo voy á casa de Enriqueta, que es más clásica todavía. Hasta mañana.

Emilia Castrojeriz y Rosario Mureda, acompañadas de miss Cowley, respetable institutriz de la última, conversaban muy animadas, si no mano sobre mano, manos sobre labor, pretexto ocioso de interesantes confidencias.

Miss Cowley, con lágrimas en los ojos, leía en un *Magazine* inglés una lastimosa estadística de los caballos muertos en todas las guerras del siglo. Una hecatombe. ¡*Poor horses!*, pensaba la sentimental institutriz, conmovida en las fibras más profundas de sus sentimientos.

Emilia y Rosario parlotaban á media voz con viveza, á la rebatiña con las palabras.

—Lo que más me alegra—decía Emilia—, cuando pienso que voy á casarme con tu hermano, es que nosotras seremos hermanas, y como hermanas viviremos siempre. Si fuera posible una cosa....

—No lo digas. Eso es pedirme bis. No tengo pareja.

—¡Qué tonta! Ya sé que no te gusta Manolo; ya sé que por tu parte nunca hubiéramos sido hermanas. Y me alegro, aunque sea mi hermano; Manolo no es como Federico. Si Federico fuera como él, tú me lo dirías, ¿verdad? Hemos prometido defendernos. ¿Te acuerdas de nuestra alianza en Biarritz?

—¿No he de acordarme? Pepita Moncada entró también en ella.

—Y nos hizo traición.

—Y Dios la ha castigado. Ya ves lo que dicen de su marido.

—Horrores.

—Pues nosotras se lo advertimos.

—Y no nos hizo caso... mal hecho. Entre nosotras no puede haber mala intención.

—Ya ves, yo te dije que no hicieras caso á mi hermano, y era mi hermano. Tú me has dicho que Federico es muy bueno, y por eso me caso con él. Si tú supieras algo...

—Si lo supiera te lo diría.

Las dos amigas se besaron con efusión.

Miss Cowley por encima de la revista les dirigió una mirada severa.

—*Don't kiss so noisely.*

Salía Federico de su habitación, cuando Rosario le detuvo en la puerta de improviso.

—Tenemos que hablar.

—¡De qué asunto?

—Hoy esperabas una carta... y no la has recibido. Por eso has estado de mal humor todo el día.

—¿Tú qué sabes?

—Lo sé... porque aquí está la carta...

—¿Abierta?... ¡Chiquilla! ¿Y quién te ha mandado?... Trae esa carta.

—No alborotes. Yo necesitaba saber lo que sé... y no había otro medio. Ahora escucha. Vas á casarte con una criatura angelical, y vas á casarte porque quieres. Nadie te obliga á ello; eres hombre. No te casas por interés tampoco... ¿Por qué te casas?

—¿Estás loca? ¿Qué te ha dado de pronto? Eres una chiquilla mal criada...

—Como quieras. Pero te advierto una cosa. Si no rompes las relaciones con esa mujer, si engañas á Emilia al casarte, enviaré esta carta al marido de Enriqueta... No, no la suelto, es mía... ¿Qué te has creído?

—Pero ¿qué dices? ¿Qué es esto?

—Ya lo has oído.

—¡Trae, trae esa carta!... Lo mando... ¡Soy tu hermano!

—Sí, eres mi hermano... Pero soy mujer, y en cuanto mujer soy más hermana de Emilia que tuya... Y como hermana la defiendo y la amparo. ¡No lo olvides!

Y guardando la carta en el pecho salió de la habitación de su hermano, que se quedó aturdido, sin darse cuenta de lo que había oído.

MATERNIDAD

LUISA, veintidós años.—ISABEL, treinta.

LUISA

¿De compras?

ISABEL

Sí; el pan nuestro de cada día: el pan que traen los hijos debajo del brazo, según dicen... Un vestido para el ama. A ver, ¿qué te parece?

LUISA

Muy bueno, ¡ya lo creo!... Es un merino riquísimo... doble de ancho... ¿La vistes de pasiega?

ISABEL

Sí, entró con esa condición. Es vizcaína; pero como el traje de pasiega es más caro... Hay que agradecer que no sea moda vestirlas de sultanas... Pues lo de menos es la tela, luego eche usted botones y collares... ¡Y comer!

LUISA

Sí, no me digas. Yo lo veo en casa de mi hermana. Por eso yo haré todo lo posible por criar á mi hijo, y mi pena mayor sería no poder criar.

ISABEL

Sí, es una pena... Yo crié al primero y empecé á criar al segundo...

LUISA

Y de seguro has sentido no criar á éste...

ISABEL

Sí, lo he sentido; pero, sintiéndolo y todo, te aconsejo que no críes.

LUISA

¡No me lo digas! Soy fuerte, no creo que me perjudique.

ISABEL

La salud es lo de menos. Nunca me he encontrado mejor que cuando criaba.

LUISA

¿Entonces? ¿Que es mucha sujeción, que por fuerza ha de privarse una de teatros, de diversiones? ¿Si vieras qué poco me importa!

ISABEL

Lo supongo... Pero tampoco es eso.

LUISA

Explicate.

ISABEL

Mira: cuando yo criaba á mis hijos y con una niñerita modesta que los llevaba en brazos salía con ellos á paseo, al pasar entre dos filas de nodrizas,

insultantes de lujo, recargadas con galones de oro y cadenas de plata; al considerarme objeto de sus burlas groseras, despique del despecho, porque yo era para ellas una emancipada de su tiranía insufrible... ¡si vieras qué orgullosa me sentía! ¡Única madre en aquella huelga de madres! No comprendía cómo por comodidad ó por lujo hubiera mujeres que se resistieran á cumplir deber tan bien recompensado con sólo cumplirlo... Ahora lo comprendo... Yo cumplía con los deberes de la maternidad, pero... huelga de madres ó huelga de esposas, he aquí el problema. ¿Has comprendido?

LUISA

Comprendo que si tú cumplías con tu deber, alguien faltaba al suyo... Pero ¡es infame!

ISABEL

Eso dije yo, infame, porque entonces nos han engañado... ¡La santa maternidad! Y mientras tú aceptas sus deberes como un sacerdocio, tu marido...

LUISA

¡Ay! En ese sacerdocio tu marido no puede decir misa, ni siquiera ayudar á ella.

ISABEL

Pero á lo menos podía oirla con respeto. ¿Qué dirían los hombres si en una enfermedad, en una ausencia suya, siguiéramos su ejemplo?

LUISA

A ellos todo les disculpa.

ISABEL

Tienes razón, todo... Yo quise separarme de él para siempre, y todo el mundo se burló de mí. ¡Separarme por una pequeñez!... ¡Por lo más natural del mundo!... ¡Por un pecadillo que todos los maridos cometen y todas las mujeres toleran!... Mi familia estaba escandalizada: mi madre misma; el antiguo médico de casa se hartó de llamarme ignorante, porque no me conformaba con lo que, según él, era ley de la Naturaleza... ¿Qué más? El confesor sólo pudo decirme: ¿Qué quieres, hija mía? Si tu esposo viniera por aquí, yo le diría más de cuatro cosas; á ti, sólo debo decirte que perdones... ¡Ah! Nos engañan miserablemente... Antes de casarnos debían enseñarnos esas leyes naturales de que habla el doctor, y al casarnos, debían leer dos epístolas diferentes: una para los hombres, otra para nosotras, ya que no reza la misma con ellos que con nosotras...

LUISA

¡Vaya, cálmate! Ya sabes á qué atenerte... y yo también.

ISABEL

Ya lo sabes. No crías á tus hijos. Un ama no puede robarte su cariño; cualquier mujer puede robarte el cariño de tu esposo. Que no quede por ti... Los hombres lo quieren. ¡Huelga de madres!

NOCHE ARISTOCRÁTICA

CON QUIÉN Y SIN QUIÉN

Después de la Misa del Gallo, celebrada en el oratorio, y oída con más recogimiento que una comedia del teatro antiguo en lunes clásico, los invitados de la Marquesa de San Severino pasaron al comedor.

La fiesta era de pura intimidad; la Marquesa había limitado la invitación á las personas más allegadas de su familia y á unos pocos amigos predilectos.

Entre todos no pasaban de quince.

—La Nochebuena es una fiesta de familia.—Todo el año vive uno de esperanzas, abierto el corazón al primero que llega; hoy quiero recogerme en los recuerdos: sé que todos ustedes me acompañan esta noche porque me quieren de verdad, y yo á su lado me considero muy dichosa.

Los invitados asintieron graciosamente al cumplido.

—¡Ya lo creo! ¿Dónde mejor podía pasarse la señalada noche?

—Así, así, pocos y buenos.

—*Il faut serrer les rangs*, querida Marquesa!

—*Home, sweet home!*

Y rebosantes de expansiva satisfacción, dispusieronse á celebrar con alegría la Noche que, según el poeta,

Envidia dar pudiera
al más luciente día.

Pero, á pesar de tan propicia disposición, lo cierto es que todos parecían tristes y preocupados, como si estuvieran con el alma en donde quisieran estar en cuerpo y alma.

El *saque* de la conversación correspondió, como siempre, al insigne Manolo Borines; pero perdió el tanto de salida, sin peloteo. Secundó con más fuerza, apuntando una historia escandalosa, y tampoco le atendió nadie. Desalentado, desistió de su empeño y llamó á los criados para que le sirvieran por segunda vez de un exquisito *turbot* con salsa *dieppoise*.

La conversación desmayaba y caía á cada paso, mal sostenida por lugares comunes y frases de ocasión, sin espontaneidad y sin gracia. Las risas no eran francas ni sonoras; parecían desgarraduras dolorosas y terminaban en un ¡ay! como aliviador suspiro. No había duda; neblina de tristeza abrumaba el ambiente. Era como una obligación aparentar regocijo, y nadie reflejaba siquiera cortés agrado. ¡Pobre Marquesa! ¡Ella que, según frases de revisteros, poseía como nadie el dón encantador de que las horas parecieran minutos en su casa! Bien asegura la su-

perstición vulgar que la noche del Nacimiento del Hijo de Dios nada pueden maleficios ni encantos. Porque no se hallaban encantados, ciertamente, los invitados de la Marquesa. Ella, con su bondad confiada, había creído que pasarían una noche agradable á su lado, y ellos, por no desairarla, estaban allí, forzados de los deberes sociales, estaban allí... y con el pensamiento muy lejos. Con quién y sin quién, porque cada uno por su voluntad, por su gusto, hubiera pasado la Nochebuena en otra parte, donde le llamaba ó el amor ó el capricho ó la diversión, la virtud ó el vicio, un móvil cualquiera, pero más atractivo, más fuerte que la cortesía social, y así pensaba cada uno; el Marqués de San Severino, el dueño de la casa, esposo tranquilo de la bondadosa Marquesa, el primero:

—¡Qué ocurrencia la de mi mujer! ¡Me aburren estas fiestas de familia! Tener que estar aquí toda la noche, sentado entre mi tía, la venerable Condesa del Encinar del Valle, y Josefina Montero, prima carnal, es decir, prima *ósea* de mi mujer. ¡Porque cuidado si está delgada! En cambio mi tía... ¡Para cuándo son los empréstitos! ¡Qué aburrimiento! Mi tía sólo habla de comer y de beber, y la primita... de arder. La una dice que el escaparate de Lhardy está hermoso estos días; la otra dice que *Paul Bourget* se amana, que prefiere á *Paul Hervieu*. ¡Me vuelven loco! A estas horas estarán cenando en casa de la *Chipilina*. ¡Allí sí que se divertirán! ¡Si esta gente tuviera la feliz ocurrencia de marcharse temprano!

Así *monologueaba* el dueño de la casa, el ilustre Marqués de San Severino, y la primita espiritual á su vez pensaba:

—¡Qué idea la de mi prima! ¡Noche más aburrida! Mi primo es un bárbaro, no se le puede hablar de nada. A estas horas estará Federico en casa de los de Vivares. Allí sí que hubiera ido yo de muy buena gana... ¡Pero la familia!... ¡Si Pilar hubiera sabido que yo no venía á su casa por ir á casa de los de Vivares!

La Marquesa del Encinar del Valle, *grosse gourmande*, opinaba como el sacerdote de la Bella Helena, que en la mesa de sus sobrinos había *trop de fleurs* y en cambio el *menu* dejaba mucho que desear. Muy artístico el espejo con marco de orquídeas, violetas y lilas blancas; muy caprichosa la góndola de porcelana de Sévres y los pastorcitos *Watteau* mirándose en el espejo como en un lago amoroso del país azul de Citea; pero los *filets de volaille* eran abominables.

La verdad, mejor le hubiera estado ir al *reveillon* de *Mistress Bryan*. Allí se comía.

La Condesita del Robledal, figura elegantísima, de una raza soñada, exótica en todas partes como una quimera de artista, pensaba... en lo imposible; en una cita misteriosa con un ser ideal, en poesía sin palabras y en música sin sonidos, como los amores que ella soñaba, sin caricias, sin besos, aroma purísimo de flores inmarcesibles. ¡Triste Condesita! ¡Cuántos tropezones había dado, por ir mirando

arriba! Aquella noche misma ¡con qué poco hubiera forjado un ideal, como niña que con un pedazo de trapo forma un muñeco y en él pone ternuras de madre! El trapo con que había formado su último muñeco dormiría á la hora aquella ó quizás estaría de cena con sus compañeros, en el cuarto de oficiales de un cuartel de húsares, con uniforme color de cielo... y allí, allí estaba fijo el pensamiento de la Condesita soñadora, mientras cenaba desentendida de cuanto la rodeaba.

A su lado Manolo Borines, con la cara congestionada y la expresión de vaguedad idiota del predestinado al reblandecimiento, pensaba como el Marqués, en la *Chipilina*, en la juerga que habría en aquella casa y lo gustoso que se hallaría en ella. ¡Digo! ¡Qué mujeres! ¡La francesa había prometido bailarles una *quadrille* con el *grand écart*! Seis mil francos se había gastado en *dessous* para la circunstancia. ¡Y perder él aquello por cumplir con la Marquesa! De reojo miraba al Marqués como si quisiera decirle: "Si esto concluyera pronto, podíamos hacer una escapada." El Marqués le comprendía y miraba el reloj impaciente.

Paco Noguera, literato de salón, protegido de los Marqueses, que le costeaban las ediciones de sus poesías, pensaba con tristeza en sus hermanas, dos pobres muchachas que sufrían en casa mil privaciones mientras él brillaba en fiestas y en veladas aristocráticas. Dos tristes vidas sacrificadas para que él luciera; ellas planchaban con mil afanes las camisolas

limpísimas del hermano; ellas vestían unas faldillas pardas y no podían salir á la calle bien abrigadas, para que él vistiera un frac bien cortado y se abrigara con gabán de pieles, y el poeta, brillante luz sostenida por el pábilo consumido de dos existencias sacrificadas, pensaba en ellas con remordimiento, pensaba en la cena miserable de sus pobres hermanas.

Lola Montero pensaba en que Isidoro Torres cenaría en casa de la Condesa de Fondelvalle, y en que la Condesa quería casarle á todo trance con su hija... y en que ella debía estar allí ó Isidoro en casa de los de San Severino, y los nervios alterados no la dejaban sosegar ni atravesar bocado... Y así todos, con el pensamiento lejos y el alma donde quisieran haber estado en cuerpo y alma.

Y la dueña de la casa, tan satisfecha de ver reunidas á su alrededor á las personas de su cariño. Sólo dos le faltaban, su hermana, la Marquesa del Robledal, venerable señora, consagrada por entero á la devoción, una santa, una verdadera santa, y otra... de quien no quería acordarse, su cuñadito, el Condesito de Santa Elena... de quien más valía no hablar... Pasaría la Nochebuena rodeado de toreros y perdidos en algún Colmado; ese estaba fuera de la sociedad... y de todo.

La Marquesa, en su bondad placentera, no podía pensar que las dos personas que faltaban á su mesa aquella noche eran las dos únicas personas felices.

Una por sublime virtud, otra por los vicios más abyectos, eran las únicas que rompían la monotonía vulgar de la vida, las únicas que dejaban sobresalir su propia vida sobre la vida impuesta por los demás, sacrificada á las conveniencias sociales.

BODAS REALES

En el palacio real de la corte de Alfania. En una de las habitaciones particulares de la princesa MAGGIE, hija segunda de los soberanos reinantes. Dos grandes balcones con vistas á los jardines del palacio: jardines á la inglesa; todo en ellos parece de quita y pon, de MISE EN SCÈNE. Un ejército de jardineros repara de continuo los destrozos causados por los temporales, ordinarios en el clima durísimo de Alfania, y dan al jardín un aspecto penoso de taller, productor de una naturaleza artificial, en conserva.

Las paredes de la habitación, tapizadas con tela de cordoncillo de seda: el fondo verde muy claro, y tejidas en la misma tela, con sus colores naturales, ramas de almendro en flor. Cortinajes de terciopelo antiguo de UTRECHT, verde obscuro con flecos y cordonería ferrada. Gran chimenea de mármol serpentino, y sobre ella espejo con marco de porcelana blanca, formado de rosas y de amorcillos voladores. Ancho diván de terciopelo del mismo color que los cortinajes, de alto respaldo y de un solo brazo, en forma de rollo; con una cabeza de león al frente, esculpida en bronce. Silloncitos y sillas volantes de hechura diferente. Librería giratoria de madera de violeta; un escritorio de la misma madera; plantas de invernadero en macetas cubiertas con telas de brocado antiguas; caballetes con acuarelas y pasteles; esculturas pequeñas en mármol, etc., etc.

Personajes: LA PRINCESA, diez y ocho años. Alta, delgada, con dejadez perezosa de todo su cuerpo, con expresión desalentada, de inefable melancolía; como de árbol que, al mover de sus hojas al viento, sintiera la inútil sacudida en lo profundo de las raíces, sepultadas en tierra muy hondo. Blanca, de una blancura suave, luminosa, los ojos azules, como pétalos de *myosotis*; el pelo rubio, liso, acariciado por la luz en un solo reflejo; alisado en una sola pincelada de oro.

Viste un traje sencillo, rosa muy pálido, sin otro adorno que un cinturón de terciopelo color de sepia abrochado por un camafeo rodeado de turquesas.

EMELIA, veinte años. Amiga íntima de la PRINCESA.

PRINCESA

No quisiera pensar en nada... ¿Mi equipaje? ¿Llevo algo que me importe?... ¿Voy yo misma si quiera? ¡Qué tristeza! ¡Empezar otra vida, otra vida muy distinta en la corte de mi esposo!

EMELIA

¿Otra vida? No vais á ningún destierro ni á ningún país salvaje... Aquella corte será como ésta, como todas...

PRINCESA

No me digas. Aquí vivimos en familia, en cariñosa intimidad...

EMELIA

Y allí viviréis lo mismo.

PRINCESA

No... Bien sabes el tono de aquella corte. Una *morgue* insufrible. Cualquier escapatoria al campo,

de cacería... Ir una noche al teatro, de improviso, es asunto de Estado. Me moriré de tristeza, tenlo por seguro.

EMELIA

¡Pobre Princesa mía! Todos creen en la corte que el Príncipe *Fred* os ha enamorado.

PRINCESA

Es lo de menos. ¿Enamorado? ¿Sé yo lo que es eso? Desde que tuve uso de razón sabía cómo había de casarme cuando llegara el día. No necesitaba más oráculo que el Almanaque de *Gotha*.

EMELIA

Hay donde elegir.

PRINCESA

¿Tú lo crees? Cuenta los que por razones políticas ó por diferencia de religión quedan descartados... Mira, es la única condición que yo hubiera exigido: que mi esposo no fuera de otra religión que la nuestra. ¡Pensar que hay Princesas que cambian de religión por casarse! Ya es bastante cambiar de patria. ¿Cambiar de patria? Para nosotros es una obligación... Para cualquiera sería un descrédito... ¡Qué no tardaría una mujer humilde en decidirse á casarse con un extranjero! Sólo enamorarse la parecería una traición á su patria. ¿Y en caso de guerra? ¡Sus hijos contra sus hermanos!

EMELIA

Justamente, ese caso puede evitarse con alianzas matrimoniales.

PRINCESA

¡Ridículas vejece! ¿Crees que las alianzas de los reyes influyen para nada en la suerte de los pueblos? He leído Historia, querida mía. ¡Inútil sacrificio!

EMELIA

¿Sacrificio? ¡Si Sus Majestades os oyeran!... Sabéis cuánto os quieren.

PRINCESA

No, no es sacrificio, es molestia, molestia inútil. De todos modos, nunca habría de saber lo que es amor...; ese amor de las novelas, de las poesías... Pero siquiera no alejarme de aquí, no hallarme allí sola; ¡sola siempre!

EMELIA

¿Y si llegarais á enamoraros del Príncipe Fred?

PRINCESA

¡Pobre de mí! Cuando no había pensado en casarme con él, me acuerdo que viendo un día una *Ilustración* extranjera me llamó la atención el retrato de una actriz hermosísima. Cerca de mí cuchicheaban mis hermanos; no querían que yo me enterara, pero lo oí... Aquella mujer era la amiga favorita de mi futuro esposo.

EMELIA

Entonces era soltero; y desde entonces...

PRINCESA

Ya lo sé... Habrá cambiado de amigas.

EMELIA

Privilegio de los hombres.

PRINCESA

Sí...; ellos viven, nosotras soñamos...

EMELIA

¡Ah! Pues si los sueños nuestros fueran realidades, don Juan no sería un hombre.

PRINCESA

(Abriendo el escritorio y sacando una cajita.) Mira mi sueño; el único... (Abre la caja.) Una flor seca...: se deshará si la toco. Cayó un día en mi coche al pasar por un barrio de pobres; llevaba prendido un papel, y en el papel escritas unas palabras: "Amo un imposible." El papel lo rompió mi madre, la flor pude guardarla...

EMELIA

¿Y no hicisteis nada por saber?...

PRINCESA

¡Qué locura! Ni yo sabía qué barrio era aquel, ni á nadie podía confiarme, ni nada quise saber tampoco... Pero, mira: por muchas actrices que haya protegido el Príncipe, más, mucho más he besado yo

esta flor, y será lo primero que lleve en mi equipaje.

EMELIA

¿Y si el Príncipe descubre algún día la cajita?

PRINCESA

Le diré que es la primera flor que recibí al llegar á su corte, y que la guardaré siempre como recuerdo.

VIRGENES LOCAS

ESCENAS DE LA VIDA MODERNA

En casa de los Marqueses de Castrojeriz. Gabinete al estilo de Luis XV. (En el ARGOT familiar, LA SALITA DE MÚSICA.) Un gran piano de cola, y al lado un arpa (sello de Erard) justifican el mote. Decorado artístico sin tasación posible, en apariencia; sencillo y fácil de copiar á poco coste; examinado con atención, raro y costoso; de un conjunto sin disonancia, logrado en suma de exquisitos detalles. Cortinajes de seda antigua, azul desvahido en rosa pálido, con ramos de rosas blancas diminutas. Silloncitos de madera blanca con filetes de oro, y asientos de rejilla, también blancos, y sobre ellos almohadones sueltos, de igual tela y color que los cortinajes. Sobre una gran chimenea de mármol, espejo con marco de talla dorado á fuego, reloj y candelabros de bronce y porcelana de Sévres. Pantalla de chimenea y paravent, de cartones pintados, con imitación ó copias de Watteau. Una vitrina con figurillas, tazas, tabaqueras y miniaturas antiguas. En las paredes, grabados en madera; un retrato de niña, al pastel, de mano y firma de maestro, y dos ó tres cuadros, también al pastel, por el asunto y la ejecución de mano aficionada y femenina, pero con buen maestro.

ESCENA PRIMERA

Personajes: PEPITA CASTROJERIZ, diez y nueve años. Nerviosa, fina como galguito inglés. Movilidad incesante de todo el cuerpo, que contrasta con la frialdad inexpresiva de la fisonomía: como en descoyuntado clown, de rostro rígido, bajo la espesa masa de albayalde. La boca rasgada, de labios finísimos, apretados, que marcan una sola línea roja en la cara pálida, y el pelo, rubio cenizoso, crespo y levantado en atrevido mechón sobre la frente, dan exactitud á la comparación *clownesca*.

Viste con aristocrática soltura traje que, con ser riquísimo (y así parecería, llevado con otro empaque), en ella sólo parece gracioso, lindo, encargado sin elección, entre otros muchos (cuando había costado más de dos mil francos entre modista, cartas, Aduanas y envío de ida y vuelta á París su media docena de veces). Un modelo de *Mme. Nicaud* para comida íntima. Blanco, de muselina de seda, adornado con encajes de Irlanda de un color marfileño que amortigua la blancura chillona de la seda, con suave pátina. Las mangas, larguísimas, caen hasta media mano y ciñen ajustadas los brazos, que parecen alargados en líneas inflexibles con majestad hierática. Sobre los hombros, la seda se abre plegada en graciosos abanicos, como alas juveniles, atrevidas,

que protestan abiertas de la rigidez fría, solemne de los brazos. Y en Pepita parece mayor la protesta: aquellas mangas á lo *ricahembra* oprimen sus bracitos nerviosos de *clown* descoyuntado. Se adivina que Pepita, si no un vuelo, daría por lo menos un salto mortal.

Anochece, y Pepita concluye de vestirse para la comida: ha pasado de su tocador á la *salita de música*, porque nadie como ella sabe buscar fondo adecuado á un traje. Sentada al piano, repasa una canción francesa, una canción del siglo XVIII, *marivaudage* expresivo de sentimientos amorosos abullonados, como hueca falda á lo Pompadour.

La armonía rebuscada por Pepita con artificiosa evocación aquieta su pensamiento y sus nervios, más que nunca excitados.

Por los balcones del gabinete (abiertos á un jardín húmedo, sombrío, murado por las casas contiguas al palacio de los Castrojeriz) penetra la luz crepuscular, amarillenta, al través del follaje de unos altísimos y frondosos castaños de Indias. Los cortinajes apagan con pliegues de sombra los últimos alientos de la luz mortecina, reflejada sobre la seda brillante de colores tenues. La antigua canción suspira amores de otros tiempos, y Pepita prolonga en aquel anochecer lento, armonioso, á su alrededor, un anochecer de su alma, en que algo íntimo y profundo de su alma debía alejarse de ella para siempre. Quería suspender su pensamiento, adormecerle, para dulcificar la despedida inevitable.

—¿Cómo pudo ser?

Pepita repasa en su memoria, y al recordar una por una las circunstancias que á tan difícil situación la han traído, como extraña á ella las considera, y como si atendiese relato confidencial de amiga íntima, antes curiosa que apenada, se pregunta á sí misma:

—¿Cómo pudo ser? ¿Cómo sin pensar nunca en amarse, sin poder pensarlo, Federico y ella se amaban? ¡Se amaban! No había palabra ni afecto capaces de ocultar el verdadero afecto que los unía. Pero ¿cómo pudo nacer aquel amor? ¿Cuándo pensaron en amarse?

Pepita no comprendía que existe una voluntad inconsciente: un querer lo que no se quiere, y esa voluntad *exterior* labra fuera de nosotros y de improviso levanta ante nuestra vista la viva imagen de nuestras acciones, desconocida, odiosa, como de hijo adulterino que nació en nuestra casa sin ser hijo nuestro.

Se querían... sin querer. Sin querer, como dicen los chicos por disculpa, cuando acaba el reír de los juegos por llorar á los golpes de veras. Sin querer hacerse daño, sí; pero sin querer jugar, no.

Por juego prefería Pepita la amistad de Federico. La conversación con él era más divertida que con ningún otro. Por lo mismo que era casado, Pepita le hablaba con mayor libertad. La conversación con los muchachos era muy aburrida. Candidatos probables

á maridos, al hablar con una muchacha, parecían temerosos de comprometerse con una frase demasiado expresiva, con una confidencia demasiado íntima. Todos pensaban: "Cuidadito, que puedo caer."

Las muchachas, por su parte, aún más temerosas que ellos por distinto motivo, parecen en actitud defensiva, desconfiadas; todas piensan: "Cuidadito, que puede no caer."

Pepita, de carácter expansivo hasta el descaro; curiosa observadora del mundo, con ansia de saber y de pensar por sí; Eva espiritual; mordedora golosa, no del fruto de la sabiduría, pero sí de la sabiduría del fruto, detestaba aparentar circunspección de niña casadera. Quería saber á qué sabía todo, el bien y el mal, y con Federico podía arriesgarse en confidencias escabrosas.

Daba pretexto y ocasión para ellas todo género de *sport*: la bicicleta, los patines, guiar un *tandem*, tirar al blanco.

La mujer de Federico, mimosa, delicada, flor de invernadero; como otras mujeres, vestidas, ella siempre enferma á la última moda, con neurastenia por aquella temporada, era una verdadera mujer de lujo, de harem ó de gineceo, y Federico, halagado por el contraste, hallaba en Pepita un camarada encantador, juvenil, intrépido, con quien podía hablar de todo mientras guiaba cuatro caballos sin domar.

Federico no sabía prescindir de Pepita; era su compañera de pescante en el *mail-coach*, su compa-

fiera de puesto en las cacerías. En las comidas y recepciones, siempre juntos, departían en animado diálogo, que á ratos parecía de cocheros, á ratos de cazadores, pero siempre terminaba en amoroso tema.

Al principio nadie extrañó la intimidad de Federico y de Pepita. ¿Qué tenía de particular? Se conocían desde niños, eran de la misma clase, tenían las mismas aficiones; además, él casado y ella soltera... ¿quién podía pensar mal? Pero bien pronto notaron ellos mismos que la gente les dejaba mayor espacio, material y moral; ese espacio que las personas de buena sociedad marcan con discreción alrededor de dos amantes: islas del amor, fáciles de descubrir en cualquier salón á poca geografía social que se sepa.

Pronto empezaron las habladurías: los muchachos pretendientes al amor de Pepita retiraban sus candidaturas. Una noche, en un baile, preguntó una amiga á Pepita: "Pero ¿tan enferma está la mujer de Federico?" Un literato insolente insinuó con malicia: "Usted, que tan aficionado es al *modernismo*, ¿no ha leído usted las *Demi-vierges*, de Prevost?" Los Marqueses de Castrojeriz, padres de Pepita, fueron los últimos en enterarse, y aunque nada reprochable vieron en la conducta de su hija, por *el buen parecer* acordaron que aquello no podía continuar.

¡No podía continuar! Bien lo comprendía Pepita. Pero entonces comprendió cuán hondo era el daño, cómo era imposible romper la intimidad con Federico.

La vida de ambos era un conjunto de frívolos pasatiempos, de pequeñeces insubstanciales, pero en cada una de ellas iba unido algo de su pensamiento, de su vida, y eslabonado con soldura misteriosa, era su vida entera.

Pepita fingió (á poca costa) una enfermedad para retrasar la explicación necesaria.

Llegó el día. Federico la escuchó y la facilitó por su parte. Todo eran habladurías. Su mujer había recibido anónimos: estaba celosa, insoportable...

—¿Has visto, Pepita? ¿Has visto qué gente? ¡Qué gente! ¡Pero si tienen razón!—exclamó Federico de pronto.—¡Si no puedo vivir sin ti!

—¡Y sin ti, yo tampoco! ¿Cómo es esto, ¡Dios mío! cómo es esto?... Tú eres hombre. ¿Qué me aconsejas?

—Cásate.

Y Federico se despidió de Pepita.

Aquella palabra fué el atormentador de Pepita en muchos días de inquietud, en muchas noches sin sueño. ¡Cásate! ¿Era un consejo de arrepentimiento ó de esperanza? ¿Un muro levantado entre los dos para siempre... ó puerta franca á sus amores?... ¡Cásate! Sí, se casaría.

Por eso estrenaba un vestido Pepita en aquella comida; por eso repasaba una canción francesa; por eso al prolongar en el anochecer á su alrededor un anochecer de su alma, con el último aliento desmayado de la luz crepuscular, penetraba en su alma por

resquicios del pensamiento la luz trémula, indecisa, de una esperanza pecadora.

Y al sentir el corazón acariciado por aquella esperanza, lloraba con indecible tristeza. ¡Pobre virgen loca, que dejó apagar la luz de la lámpara antes de que llegara el esposo!

Así termina la escena primera.

LA COMIDA DE LAS FIERAS